

Hugo Rodríguez-Alcalá: Poesía y crítica (1)

«La incógnita del Paraguay» —sugestiva definición de este país hispanoamericano— es una frase debida al célebre crítico peruano Luis Alberto Sánchez. Es, asimismo, el título de un ensayo del poeta y crítico Hugo Rodríguez-Alcalá, en el cual éste reconstruye la historia de la literatura paraguaya y corrige, de paso, los errores de apreciación sobre la misma debidos al citado Luis Alberto Sánchez. Para ello, Rodríguez-Alcalá introduce su ya clásica comparación entre el impacto emocional colectivo producido por la guerra de 1870 en Paraguay, por un lado, y el creado por la derrota sudista en los Estados Unidos, por otro; una honda depresión que marcaría por igual la evolución de la literatura en una y otra región.

La incógnita del Paraguay y otros ensayos (Asunción, Editorial Arte Nuevo, 1987, 196 págs.) reúne el citado ensayo y otros trece, escritos en diversas fechas, y publicados los más en revistas universitarias. El libro se abre, además, con un breve ensayo del profesor Eduardo Neal-Silva que se titula «Hugo Rodríguez-Alcalá: breve radiografía de un hombre», y que constituye una semblanza espiritual de este escritor paraguayo afincado de nuevo en su tierra nativa tras un largo y rico exilio norteamericano cuyos últimos años transcurrieron en la University of California (Riverside) como profesor emérito.

Todo poeta está *naturalmente* doblado de un crítico: pero un crítico doblado de poeta es, sencillamente, una monstruosidad —decía Baudelaire. La poesía moderna, como afirma Octavio Paz —heredero del poeta francés en muchos aspectos— es quizá la que más lejos ha llevado esta doble práctica del poeta: la creación y la crítica. Paisano de Paz, el delicado poeta Ramón López Velarde afirmó en una de sus prosas que la poesía es un sistema crítico. Poesía crítica, por un lado, y crítica de la poesía, por otro: doble postulado poético moderno. No en vano, la gran crítica de la poesía, la que se ocupa de los puntos pertinentes —y no la de los agrimensores o los notarios puntillosos— es obra también de los grandes poetas, desde Baudelaire y Mallarmé hasta Pound, Eliot o Valéry; desde Bécquer y Darío hasta J.R. Jiménez, Cernuda, Borges o el ya citado Paz. No digo que todo gran poeta sea infaliblemente un gran crítico de su obra o de la ajena: ahí está el ejemplo de Neruda para negarlo; pero sí que el

poeta-crítico maestro en ambas prácticas suele ser la norma en la poesía moderna. Rodríguez-Alcalá, poeta sugestivo, artífice del verso y cantor de la infancia rescatada proustianamente en la memoria, no es una excepción. En él se dan la mano el creador, el crítico literario, el ensayista e incluso el historiador de la literatura. Ahí están sus libros: *El portón invisible* (Asunción, 1983), su última colección de poemas; *El arte de Juan Rulfo* (1965), uno de los primeros trabajos críticos sobre el gran novelista mejicano; *Misión y pensamiento de Francisco Romero* (1959), dedicado al filósofo argentino; o, en fin, su *Historia de la literatura paraguaya* (1970), que ha conocido sucesivas ediciones en América y en España. Y éstos son tan sólo algunos títulos en la vasta producción literaria y crítica de este autor. En ellos se aprecian no sólo sus dotes líricas y narrativas (último sendero explorado por Hugo: el relato: *Relatos de norte y sur*, 1983), sino asimismo su capacidad para determinar el valor literario de un escritor antiguo o reciente, para situarlo dentro de una tradición y para aquilatar su contribución a la misma. Capacidad para especular sobre realidades y sobre ideas, sugiriendo, desbrozando caminos olvidados, llevando al lector de intuición en intuición. Capacidad, en fin, para la disección analítica de un texto y, en el otro extremo, para la fijación de un periodo en términos de historia literaria. Creador y crítico. El propio Paz, tras analizar los males crónicos de Hispanoamérica, insiste en la necesidad urgente de que se practique la crítica en estos países, la palabra racional, no la racionalización bastarda.

La incógnita del Paraguay y otros ensayos constituye un muestrario de los temas que han ocupado a Rodríguez-Alcalá en las tres últimas décadas. Tras el ensayo que da título al volumen, tres partes, tres grupos de ensayos que enfocan respectivamente las letras paraguayas, los filósofos y ensayistas hispanoamericanos, Juan Rulfo y otros tres trabajos sobre temas aislados. Un total de catorce ensayos de lectura amena y de interés mayor o menor, claro está, según el lector.

En el ensayo titulado «Un clásico y un superrealista, o dos visiones de una misma realidad: el Paraguay» compara Hugo el *Canto secular* (1911) de Eloy Fariña Núñez y el poema «Un puñado de tierra» (*Ceniza redimida*, 1950) de Hérib Campos Cervera, para mostrar —cito—: «el cambio radical producido en poesía en pocas décadas; esto es, entre las que comienzan en 1910 y terminan en 1950». (p.47). No me resisto a citar estos versos del primer poeta, esto es, de Fariña Núñez, en los que he hallado un sabor familiar: el de los versos del propio Rodríguez-Alcalá:

O un cuadro colonial de suaves sombras,
 Con su plaza, su iglesia, su Cabildo,
 Sus carretas inmóviles, sus mozas
 Con cántaros, y, en fin, toda la vida
 De las generaciones precedentes.

O este otro cuadro:

Ya posada en la rama del naranjo
 U oculta entre la fronda de algún sauce,
 La lírica cigarra inspira ritmos
 De hexámetros augustos, cuyo vuelo
 Rememora un rumor de abejas áticas
 o un susurro de bosque de laureles.

El lector de Rodríguez-Alcalá, el lector de su poesía, no podrá evitar una sonrisa de reconocimiento al leer el comentario que el Hugo crítico hace de los versos de Fariña antes citados: «Es obvia en el poeta una concepción del mundo y de la vida, del hombre y de la cultura, en que predomina una voluntad de orden, de armonía y una fe en la belleza concebida como proporción, simetría y serenidad.» (p.40).

«La narrativa paraguaya desde 1960 a 1970» examina dicho tema enmarcándolo en la situación del Paraguay tras la guerra del Chaco: «la generación de 1900 fundó el nacionalismo paraguayo y con él el culto a los héroes. El heroísmo era lo único que tenía el pueblo vencido para consuelo de su infortunio (...) Pues bien, entre 1932 y 1935 se lleva a cabo la segunda epopeya, como ahora comienza a llamarse la Guerra del Chaco (...) los héroes del Chaco fueron todos favoritos de la victoria y su culto, por ello, no tiene la tristeza antes aludida (...) Acaso el país se esté al fin restableciendo de la caída mortal de 1870. La cura total del traumatismo secular hará que el Paraguay deje de ser la patria absorta en su pasado, que fue hasta hace poco.» (p.74-75) Analiza Hugo *La babosa* (1952) de Casaccia, novela que inaugura la llamada narrativa crítica en el país; *El follaje en los ojos* de 1952 también, obra de José Rivarola Matto, autor nacido en 1917, como Roa Bastos (y como el propio Hugo), del cual se estudia aquí el libro de relatos *El trueno entre las hojas* (1953). «Este tipo de literatura —comenta Hugo— de antihéroes y de cruel escrutinio de la realidad será el que incorporará la narrativa paraguaya a la del continente.» (p. 53) A continuación, Hugo entra en el tema propiamente dicho de su ensayo, la narrativa de los sesenta: *Hijo de hombre* (1960) de Roa Bastos; *La llaga* (1963) de Casaccia; *Los exiliados* (1966) del mismo autor; y *El pecho y la espalda* (1962) y *La hostia y los jinetes* (1969) de Jorge Rodolfo Ritter (1914) quien se diferencia de los anteriores novelistas en que aporta a «la narrativa crítica de su país (...) un sano optimismo que no se hace falsas ilusiones acerca de una realidad deficiente» (p. 63). Hugo no olvida señalar —hablando de Roa Bastos— pero es algo que podemos hacer extensivo a Casaccia también, que estas novelas huyen de un tipo de literatura convencional y reaccionan contra las violencias e injusticias de la vida paraguaya, sí; pero que, al mismo tiempo «el que el cielo no sea nunca azul, el que nunca florezca un lapacho, el que jamás aparezca como bueno un hombre que gaste cuello y corbata, es también un convencionalismo como otro cualquiera. Roa es más romántico que

los románticos contra quienes se revuelve. Dentro de la década se ha de producir una reacción contra el romanticismo de este antirromanticismo». (p. 55). Los autores que representan esta reacción, más jóvenes que Roa, y ya de otra generación, son Mario Halley Mora (1924-) con su novela *La quema de Judas* (1965), y Lincoln Silva (1945-) y Juan Bautista Rivarola Matto (1933-) con *Rebelión después* (1970) *Yvypóra, El fantasma de la tierra*, también de 1970, respectivamente, los cuales permiten hablar de una nueva narrativa paraguaya. El siguiente ensayo, «Sobre la ficción humorística de Lincoln Silva», se ocupa, precisamente, del más joven de ellos quien, según Hugo, todavía no ha logrado un dominio cabal de su arte, y a quien recomienda aprender «de Gabriel Casaccia, el arte consumado de urdir una trama; de Roa Bastos, la maestría deslumbrante en el uso del idioma.» (p. 83).

No es el momento de entrar en el análisis de cada ensayo; basta con lo anterior para dar una idea de la amplitud de miras de Rodríguez-Alcalá, quien estudia no sólo lo que es afín; sino también aquello que reprueba en su íntimo ser: lo Otro es también parte de uno mismo; nuestra imagen invertida. Conocerlo implica conocernos y fijar nuestros límites. Digamos únicamente, a modo de indicación, cuales son los autores estudiados por Hugo en esos otros ensayos: Ferrater Mora, Francisco Romero, Julián Marías y Henríquez Ureña —los pensadores—; Rulfo y Elio Vittorini, Rulfo como poeta en verso, «Al cumplirse los cuarenta años de *Cuadernos Americanos*» —revista en la cual Hugo ha colaborado asiduamente desde muy antiguo—, Sergio Pitlor, y *Juvenilia* de Miguel Cané. Si la lectura de unos puede interesar más que la de otros, el goce de la prosa del autor resulta en todos ellos, como dije antes, motivo suficiente para leerlos.

HUGO RODRIGUEZ ALCALA: POESIA Y CRITICA (y 2)

En 1987 también, pocos meses después de la publicación del libro *La incognita del Paraguay y otros ensayos*, Las Ediciones Criterio publican *Quince ensayos*, una segunda recopilación de ensayos y artículos de crítica literaria aparecidos en diversas revistas de América y de Europa. (En el Índice, la cifra de ensayos es de dieciséis; en realidad, el número 10 debe considerarse como una coda a la polémica tratada en los dos anteriores. Duedes de la imprenta...).

Al igual que la otra recopilación, *Quince ensayos* consta de tres apartados: «Letras paraguayas», «Sobre poetas de tres lenguas», y «Gallegos, Borges, Guiraldes, Martín Luis Guzmán, Manuel Gálvez y Lucio V. Mansilla». En realidad, si atendemos a los temas tratados, vemos que predominan los dedicados a autores paraguayos, al Paraguay tratado por autores argentinos, y, finalmente, a algunos de estos mismos autores ar-

gentinos. Un ensayo sobre el mejicano Martín Luis Guzmán; una polémica en torno a la poesía del también mejicano José Emilio Pacheco; un breve ensayo sobre «L'après-midi d'un faune» de Mallarmé; y sendas evocaciones de visitas a Jorgen Guillén y a William Carlos Williams completan la cifra de quince ensayos. Es decir, que se trata de un libro fundamentalmente dedicado a la literatura hispanoamericana moderna (con especial énfasis en los autores y los temas paraguayos), en el que su autor, Rodríguez Alcalá, ha creído oportuno incluir tres breves escritos de ocasión en los que no faltan la erudición (veáse el dedicado a Mallarmé) ni la emoción (la vívida evocación del poeta Jorge Guillén en California). La unidad temática del libro no sufre excesivamente por esta triple inclusión. Por otro lado, si atendemos, no al tema, sino *al ritmo de la lectura*, nos vemos obligados a reconocer el acierto del autor al dividir su libro en tres grandes apartados, y al incluir esos tres cuerpos extraños ya señalados: un primer bloque trata del vanguardismo poético en el Paraguay y de ciertos aspectos del más celebrado escritor de este país, Augusto Roa Bastos. Un segundo bloque reúne las mencionadas evocaciones de Guillén y Carlos Williams con el análisis del poema de Mallarmé y la polémica sobre Pacheco. Viene luego el tercer y último bloque: tres ensayos en torno a *Don Segundo Sombra*, del argentino Güiraldes; dos ensayos sobre dos visiones, muy distintas entre sí, de la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza, debidas a escritores argentinos (Gálvez y Mansilla); y, entre una y otra pareja de ensayos, un interesante acercamiento a la figura de Pancho Villa en *El águila y la serpiente*. El segundo bloque sirve así de pausa, de intermedio, en el desarrollo temático del libro. El lector agradece esta pausa, este divertimento crítico compuesto de evocaciones y polémicas sobre poesía y gustos actuales.

Estos ensayos —que se inician con el titulado «El vanguardismo poético en el Paraguay», y se cierran con «Lucio V. Mansilla y el Paraguay»— están precedidos por un prólogo de Justo Pastor Benítez, escrito en 1961, y titulado «Un ensayista paraguayo». Vale decir que la curiosidad intelectual de Rodríguez-Alcalá ha privilegiado desde siempre su patria, la literatura y la historia del Paraguay. El amor a su tierra, que le ha inspirado tantos emocionados poemas, le ha llevado asimismo a indagar en las obras de sus paisanos y en la de aquellos autores que han tratado de Paraguay en algún momento de su producción literaria. «En todos estos ensayos —escribe el prologuista— campea la generosidad así como el afán de dar a conocer en escenarios más amplios los valores paraguayos, en contraste con la anormal situación política agitada (...) por su pluma se expresa una promoción lírica y fecunda...» Sumamente interesante, para la historia literaria del Paraguay, resulta así el ensayo inicial, donde Rodríguez Alcalá sitúa la tarea realizada por el grupo de poetas que introdujeron los nuevos modos poéticos en el país: Josefina Plá, Hérib Campos Cervera, Roa Bastos, el propio Rodríguez Alcalá y otros poetas luego dispersados por la guerra civil de 1947. «La renovación vanguardista

—concluye el autor— de los años cuarenta fue y sigue siendo el acontecimiento literario de mayor trascendencia en el Paraguay.»(pág. 27).

La polémica suscitada por una reseña del autor sobre la poesía de Pacheco nos muestra otra faceta de Rodríguez Alcalá quien escribe: «La insinceridad de la crítica al uso, aún en el hispanismo que se ejerce en los Estados Unidos, lejos de las camarillas literarias, es deplorable. Se impone una reacción (...) Lo curioso es que en corrillos de escritores y críticos se suele oír lo que realmente se piensa acerca de esta u otra obra de este o aquel célebre poeta o novelista. Pero, he dicho: *oír*. Nunca se lee en letra impresa lo que en rigor opina Fulano sobre Mengano. *Hispanoamérica* (la revista que acogió a los escritores en polémica, H.R.A. y Gabriel Zaid), pues, merece el parabién de quienes postulan una insobornable honradez intelectual en una época como ésta de oscuras teorías y de gran desconcierto artístico en que resulta fácil hacer pasar gato por liebre sin que nadie se atreva a denunciar la superchería. (pág. 126). *Hélas, oui...*

Para mi gusto personal, los mejores ensayos de este libro son los dedicados a *Don Segundo Sombra*. En el primero, «Doña Bárbara y Don Segundo», el autor reivindica estas novelas en términos muy justos: «Han cambiado mucho las cosas desde la tercera década de nuestro siglo y esto requiere un reajuste de nuestra perspectiva crítica. Una preferencia de carácter estético suscitada por los tiempos mismos en que vivimos no debe cegarnos al logro de generaciones anteriores. Tampoco es necesario, para exaltar lo nuevo, menospreciar lo viejo, desvistiendo unos santos para vestir a otros. Una crítica que hace esto, incurre precisamente en lo quej achaca a la mejor ficción de los años veinte: incurre en ingenuidad.» (pág. 140).

He citado por extenso los anteriores párrafos de Rodríguez Alcalá porque en ambos se advierten esas cualidades del gran crítico: independencia de criterio y claridad de juicio. No basta con escribir de modo agradable; ni tampoco con saber ceñirse a lo realmente pertinente. Hay que saber disentir razonadamente. Gratos de leer, sensibles a los valores literarios y basados en un juicio crítico amplio y firme; así son estos *Quince ensayos*, independientemente de nuestras preferencias personales por unos u otros.

Emilio Barón
Queen's University (Canadá)